



PARTE I

El asesinato de Benazir Bhutto

Febrero de 2008

Horacio Calderón

El brutal asesinato de Benazir Bhutto, cometido el 27 de diciembre de 2007, constituye uno de los más importantes hechos mundiales portadores de futuro de los últimos tiempos. El crimen tendrá probablemente un importante impacto en la política interna y exterior de Paquistán, como asimismo en los países limítrofes y regiones adyacentes del Asia Sudoccidental y del Medio Oriente, como también a escala global.

“*Paquistán no es el Líbano*”, ha manifestado el presidente Pervez Musharraf, al rechazar una posible investigación independiente del asesinato de Benazir Bhutto, por parte de una comisión especial a formarse dentro de la ONU., tal como sucedió con el caso de Rafiq Hariri, ex primer ministro del Líbano.

Paquistán no es el Líbano, desde luego, ni tampoco una “*república bananera*” como dijo también el presidente del país asiático durante su reciente gira por países europeos. Paquistán es un país que tiene casi 170 millones de habitantes y la segunda población musulmana del mundo, luego de Indonesia. Pero además, un arsenal misilístico y nuclear con decenas de ojivas listas para ser desplegadas y lanzadas.

Paquistán es actualmente - y debería ser así considerado- el centro geopolítico y geoestratégico de irradiación religioso de movimientos islamistas sunnitas forjados mayoritariamente en la escuela deobandi, como es el caso del Taliban. La escuela deobandi ha sido además infiltrada desde hace mucho tiempo por los predicadores más extremistas del wahabismo saudita, afines a Al-Qaeda Central y enemigos de la Corona del reino árabe. Asunto este demasiado complicado de explicar en un trabajo de extensión limitada como el presente, dado que involucra definiciones teológicas y jurídicas que constituyen la base de los actores estatales y no estatales implicados.

El Taliban, por ejemplo, ha sido utilizado por los sucesivos gobiernos de este país -incluyendo las etapas de la misma Benazir Bhutto- para ganar profundidad estratégica en el vecino Afganistán y hasta en la misma India, en el contexto de la guerra secreta -y no tanto- actual, que se desarrolla por el rediseño del complejo y conflictivo mapa global.

La desaparición de Benazir Bhutto -como afirmó un supuesto portavoz de Al-Qaeda- ha quitado un valioso “activo” a la guerra contra el extremismo islamista, cuyas fuerzas procuran la desestabilización de Paquistán y la toma futura del poder para imponer una agenda talibana-qaedista.

ANALISIS

El regreso de Benazir Bhutto a Paquistán parece haber sido parte de un acuerdo para compartir el poder, concertado entre ella y el presidente Pervez Musharraf, respaldados por el gobierno de los EE.UU., con el objetivo final de facilitar futuras acciones conjuntas contra el terrorismo islamista, que ha hecho de este país una de sus principales plazas fuertes.

La alianza gubernamental o “cohabitación” política de Musharraf-Bhutto, hubiera permitido dar sin duda un matiz más “democrático” a potenciales operaciones militares cuya misión principal o “endgame” era terminar con el “santuario” localizado en la amplia región montañosa que linda con Afganistán. Es en estos inhóspitos lugares donde muy probablemente se encuentren los principales comandantes de Al-Qaeda y del Taliban, comenzando por Osama Bin Laden y su lugarteniente Ayman Al-Zahwahiri.

A pesar de las polémicas y sospechas mutuas entre Pervez Musharraf y Benazir Bhutto, la sola posibilidad de que la carismática líder pudiera sumar su liderazgo -y el poder del premierazgo paquistaní- a la maquinaria bélica doméstica comandada por el presidente, era motivo más que suficiente para que las células del extremismo islamista intentaran asesinarla, a cualquier precio.

Más allá de que ninguna de las reivindicaciones conocidas sobre el magnicidio haya sido oficialmente verificada y reconocida como legítima, resulta interesante la declaración hecha en un mal inglés a Adnkronos Internacional (AKI), por el comandante y portavoz qaedista en Afganistán, jeque Mustafá Abu Al-Yazid: “Nosotros terminamos el más precioso activo americano, que prometió derrotar a los mujahadeen”¹.

Al margen de tales reivindicaciones y de otras teorías en boga, basta explorar declaraciones y comentarios publicados en sitios yihadistas sunnitas, que han aplaudido el magnicidio, acusando a Benazir Bhutto de ser “infiel”, “hereje” y “apóstata”, por su sola pertenencia a la rama chiíta del Islam, para advertir el sello sangriento de quienes planificaron y ejecutaron el atentado. Es la misma retórica utilizada por organizaciones

¹ El autor de este análisis, entrevistado por el periodista Luis Carlos Vélez, atribuyó también a Al-Qaeda y al Taliban la responsabilidad por la muerte de Benazir Bhutto (CNN en Español, 27 de diciembre de 2007), afirmando también que el crimen había quitado a los EE.UU. un activo en la guerra contra el terror.

terroristas sunnitas como la casi desmantelada “*Al-Qaeda en Irak*”, para reivindicar asesinatos masivos, crímenes políticos y hasta la mediática decapitación de civiles inocentes secuestrados.

El asesinato de Benazir Bhutto parece tener como principales beneficiarios a aquellos que deseaban terminar con un proceso electoral, que probablemente hubiera dado a ella el triunfo, permitiéndole así acceder al cargo de primera ministra de Paquistán. Los asesinos lograron no sólo desestabilizar al gobierno paquistaní, sino también al país mismo, dilatando una ofensiva final contra los comandantes de la alianza qaedista-talibana refugiados en la frontera mencionada y protegidos por el código de honor de los montañeses patanes, conocido como *pashtunwali*. Una vez que “*huéspedes*” como Osama Bin Laden son aceptados bajo dicho código, que data de tiempos preislámicos y es estrictamente observado, las tribus que los protegen darán hasta la última gota de sangre para honrar lo pactado.

Solamente un profundo conocimiento de la situación en el terreno, podría dar a observadores y analistas una pauta del delicado equilibrio que separa la crisis del Paquistán actual de un caos generalizado. Quienes demandan un asalto final contra los refugios montañosos de Al-Qaeda, deberían saber que tal operación resultaría catastrófica si no existieran previamente las garantías suficientes de mantenimiento del control territorial en el resto del país por parte de las fuerzas armadas regulares paquistaníes, hoy bajo el comando del general Ashfaq Kayani, sucesor en esas funciones del actual presidente Pervez Musharraf.

Benazir Bhutto -ese “*activo*” que los terroristas han eliminado- hubiera asegurado una importante cuota de masa crítica y de poder de movilización necesarios para respaldar acciones punitivas de envergadura contra los “*santuarios*” extremistas. De ahí que su asesinato fuera cuestión de tiempo, habida cuenta del alto grado de imprudencia con que desarrolló sus actividades proselitistas hasta el momento de su muerte, a pesar de las advertencias recibidas y del atentado que segó tantas vidas el día de su arribo al país.

El crimen de la líder política paquistaní era en cierta forma la “*crónica de una muerte anunciada*”, habida cuenta de que tanto el gobierno del presidente Pervez Musharraf como la misma Benazir Bhutto no tomaron -individual y conjuntamente- las medidas apropiadas para evitar que se concretara un atentado que aparecía como inevitable. Nadie puede enfrentar a una organización terrorista como Al-Qaeda y sobrevivir, sin conocer los manuales que instruyen las operaciones de sus cuadros y el de aquellos grupos de asociados o simpatizantes que los han utilizado para su formación y entrenamiento. La líder asesinada hizo todo lo contrario a lo que aconsejan las medidas esenciales de la doctrina contraterrorista y esto se hace extensivo a quienes debieron velar por su vida.

Basta observar las últimas secuencias del paso de la caravana de Benazir Bhutto, registradas en videograbaciones y fotografías, para certificar que no existieron en torno a su vehículo los perímetros de seguridad indicados para resguardar la vida de una alta personalidad amenazada. Además, de qué manera se entremezclaban en torno al vehículo de la líder paquistaní: guardias personales, oficiales, simpatizantes, curiosos y hasta el mismo atacante suicida. En otras grabaciones e imágenes captadas por ocasionales transeúntes, posteriormente editadas y publicadas en numerosos medios

audiovisuales y gráficos, puede verse que en edificios aledaños había periodistas filmando y fotografiando el paso de la caravana atacada, abriendo con este hecho la posibilidad de que haya podido existir un francotirador, como de alguna manera también se sospecha.

Benazir Bhutto tenía muchos y poderosos enemigos dentro y fuera de su país, pero ninguno de ellos tan peligrosos y determinados a asesinarla como las fuerzas yihadistas lideradas por el sitiado Osama Bin Laden y su segundo, Ayman Al-Zahwahiri.

Como es de público conocimiento, se encuentra en Paquistán un equipo de Scotland Yard, institución británica que cuenta con una aquilatada trayectoria en materia criminalística, pero que está encontrando numerosos escollos en su investigación. Los principales contratiempos surgen de la “limpieza” casi inmediata de la escena del crimen, en que se borraron elementos que son esenciales para la reconstrucción del crimen, cuyos aspectos resultan imposibles de enumerar y explicar en el presente trabajo. A ello se suman las leyes, códigos y costumbres de la ley islámica, que prescriben el pronto entierro de las personas fallecidas y, salvo muy contadas excepciones, la práctica de la autopsia.

El éxito de la gestión investigativa británica cuenta con baja probabilidad de ocurrencia, habida cuenta que además de los inconvenientes arriba mencionados, pueden incluso existir dentro de los servicios de inteligencia paquistaníes, elementos adictos al Taliban y/o a Al-Qaeda, interesados en desviar el curso de la misma para proteger sus propias redes dentro y fuera de los mismos.

Salvo excepciones, los analistas internacionales dedicados a analizar el asesinato de Benazir Bhutto, parecen concentrarse exclusivamente en teorías que poco o nada tienen que ver con la realidad paquistaní y con el perfil y la dinámica del atentado del 27 de diciembre que terminó con su vida.

Suele olvidarse también que fueron las mismas células islamistas las que intentaron asesinar varias veces al presidente Pervez Musharraf, como también a la misma Benazir Bhutto en octubre; que han masacrado cerca de 400 personas y herido a más del doble de esa cantidad en tres meses. También, que todos ellos han sido perpetrados por elementos del Taliban aliados a Al-Qaeda en Paquistán y Afganistán, como afirma acertadamente Peter Bergen, analista en terrorismo de la cadena CNN.

El proceso de convergencia entre las fuerzas del Taliban y Al-Qaeda en Paquistán ha llegado a tal punto que resulta muy difícil diferenciar dentro del tramado celular, quién pertenece a una u otra organización, dados sus puntos en común, tanto religiosos como étnicos, ideológicos y tácticos. Asimismo, el grado de relación y profundidad de los lazos entre los elementos extremistas que muy probablemente asesinaron a Benazir Bhutto y cuadros infiltrados en las fuerzas armadas y servicios de inteligencia de Paquistán (“*Inter-Service Intelligence*” o ISI, según sus siglas en inglés).

La actual relación y convergencia que existe en Paquistán y Afganistán entre cuadros talibanes formados en la escuela deobandi y gran parte de los seguidores de Al-Qaeda que abrazan la doctrina wahabita originaria de Arabia Saudita, se debe esencialmente a que esta última ha cooptado a la primera, imponiéndole su

espiritualidad, normas jurídicas y retórica. Las estrictas normas de la escuela jurídica hanbali que rige en el reino árabe mencionado, sumadas a las expresiones más extremas del wahabismo, han logrado borrar en gran parte de la población paquistaní las enseñanzas moderadas propias de la jurisprudencia hanafi y de la espiritualidad sufí, que caracterizaron otrora al país de Benazir Bhutto.

Así, las madrazas o escuelas coránicas extremistas paquistaníes se han convertido en el semillero del cual se nutren organizaciones que integran el yihadismo sunnita global y regional, comenzando por la red liderada por Al-Qaeda Central.

La probable evolución de los acontecimientos, luego de la pérdida del “activo” Bhutto, sólo permite presagiar un futuro inmediato plagado de nuevos atentados criminales tendientes a desestabilizar el país, los que podrían acrecentarse hasta el día de las próximas elecciones, programadas para fines del mes de febrero de 2008.

A más largo plazo, pero que no debería retrasarse en demasía, la muy postergada arremetida final, el “endgame” político y militar que termine con la captura o muerte de los líderes de Al-Qaeda refugiados en el confín de Paquistán.

Del éxito final de la campaña dependerá sin lugar a dudas la seguridad internacional. “*Paquistán no es el Líbano*” -dijo no sin razón Pervez Musharraf- y por ello la prioridad y la atención deben concentrarse en este peligroso teatro de operaciones en el que se refugia y opera lo más sofisticado y peligroso del terrorismo islamista sunnita global.

PROXIMAMENTE: PARTE II